

GABRIELA ADAMEȘTEANU

VIDAS PROVISIONALES

TRADUCCIÓN DEL RUMANO
DE MARIAN OCHOA DE ERIBE

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Provizorat*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Gabriela Adameşteanu
© de la traducción, 2022 by Marian Ochoa de Eribe Urdinguio
© de la ilustración de la cubierta, 2022 by Nick Cudworth. Todos
los derechos reservados / Colección privada / Bridgeman Images
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Cita a ciegas* (2006), óleo sobre lienzo,
de Nick Cudworth (1947-2021)

ISBN: 978-84-19036-05-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 8561-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. «L' AIR DU TEMPS»

1. Junto al lago de los pescadores	11
2. Fiestas	31
3. La generación afortunada	51
4. La advertencia	69
5. Coincidencias	87

II. DOSIERES DE FAMILIA

6. Un país voluble e inestable	107
7. Volveremos algún día...	121
8. Ha comenzado la escarda...	139
9. El bien por la fuerza	156
10. Las raíces de una enfermedad crónica	179

III. LOS AÑOS DE LOS TECNÓCRATAS

11. Guerra por los ayudantes	201
12. Los años de aprendizaje de un tecnócrata	222
13. Fines de semana con mamá	243
14. El test	263
15. La convergencia de los sistemas políticos	282
16. Estrategias de un tecnócrata	303

IV. LA ERA DE LOS ACTIVISTAS

17. Veranillo de San Miguel	319
18. Roles	335

19. La mentira por omisión	3 5 4
20. La anunciada muerte del Elefante	3 7 1

V. EL DÍA MÁS LARGO

21. Depresiones	3 9 1
22. El diario de Letiția	4 0 9
23. Las memorias de Jrushchov	4 2 4
24. Fiesta de despedida	4 3 9
25. El accidente	4 5 8
<i>Cuadros genealógicos</i>	4 7 9
<i>Personajes históricos</i>	4 8 1

*A mi madre adoptiva,
Sanda Bădulescu.*

I

«L'AIR DU TEMPS»

Presentía que todavía me esperaba otra prueba, que el destino me preparaba de nuevo una jugarreta y que el curso de mi vida se desviaría una vez más. En ciertos momentos veía «señales», como si unos faros hubieran roto la oscuridad, pero un instante demasiado corto para permitirme captar el sentido. Me levantaba convencido de que se me habían revelado unos signos, pero que seguían siendo para mí indescifrables.

MIRCEA ELIADE

[trad. Carmen Peralta]

Anoche soñé con Stalin. Tenía un aire de campesino ruso formal y yo me maravillaba de tanta sencillez.

MIHAIL SEBASTIAN,

Diario (1935-1944), 28 de enero de 1940

[trad. Joaquín Garrigós]

I

JUNTO AL LAGO
DE LOS PESCADORES

«¡Imagino que estarás al tanto de la última campaña del Camarada! ¡El *Código ético!*».

Ella se encoge de hombros, enfurruñada. ¿Por qué se le había ocurrido semejante tontería? No tiene ganas de hablar, como siempre que se dispone a partir. Hace acopio de valor para abandonar ese calor húmedo, con olor a sexo, de debajo del edredón, lo aplaza, lo aplaza, hasta que, exasperada por su propia cobardía, hace de tripas corazón y aparta el edredón con la pierna. Pero se acurruca de inmediato, tiritando, ¿dónde coño habrá lanzado el sujetador? ¿Las medias? ¿Y si se mete de nuevo debajo del edredón y parlotea desde ahí?

Pero el edredón ya se ha enfriado y se oye el tintineo del cinturón. Sorin coge del respaldo de la silla, con movimientos bruscos, los pantalones, señal de que se acerca la hora en la que vuelve a casa el amigo Florinel.

«¿Es que no te dice nada eso del *Código ético*? ¿Nada de nada? ¡Piénsalo un poco! ¡*Código ético y equidad socialista!* ¿Cómo es posible? Los periódicos llevan un par de meses...».

Hilvana, con ironía, frases hechas, mientras revuelve la ropa, amontonada sobre la mesa, en busca de la camiseta. ¿Dónde está el adolescente que hace sólo cuatro horas aplastaba en el cenicero lleno de colillas el cigarrillo al que acababa de dar unas caladas, con torpeza, sobresaltado con cada ruido del ascensor? Las manos impacientes de Sorin deslizándose por su cuerpo, qué duro es que te espere alguien, su rostro, pegado a su cabello, y el olor a carne ardiente y el vago tufo a cantina de su jersey azul. ¿Por qué no puede permanecer en ese momento en que empuja la

puerta, con suavidad, aterrorizada por la idea de encontrarla cerrada? O, peor aún, que en lugar del jersey aparezca en el umbral el pijama de algodón—y los ojos legañosos de alguien que acaba de despertarse—del amigo Florinel; ¿de dónde sale esta golfa?

Pero la puerta nunca está cerrada; Sorin aplasta en el cenicero el cigarrillo recién encendido y se da prisa, qué duro es que te espere alguien, y ella se relaja en la luz azul del jersey; ¿por qué dura tan poco todo esto? ¿Y cuál es el verdadero Sorin? ¿El que tiembla de deseo y desasosiego esperándola, con los ojos clavados en el reloj, en esa buhardilla a las afueras de la ciudad, o el que la saludará, afable y reservado, cuando se encuentren por casualidad en los pasillos del Edificio?

«¡Aaah, claro! ¡Se me había olvidado que tú no lees los periódicos como hacemos los demás, los simples mortales! ¡Ni siquiera el periódico que pagas!».

Sorin coge la botella de la mesa, le introduce el tapón y la guarda en el maletín. Menos mal que ha puesto buen cuidado en colocar debajo el periódico doblado en cuatro: la mancha marrón, pegajosa, de Bitter se ha extendido sobre el rostro retocado del Camarada—cada vez más joven—, en lugar de extenderse por el bordado del mantel de colores chillones.

«El gusto de un chico de pueblo, ¿qué te esperabas? ¡El amigo Florinel no tiene un pelo de tonto y se esfuerza por progresar, pero no puede franquear ciertos límites! Mira, en eso se parece mucho a tu amiga Dorina», ríe Sorin azorado.

¿Dorina Gabor, amiga suya? Letiția se estira las medias de rombos negros y blancos, las comisuras de la boca caen, disgustadas. Cuando apareció Dorina en el Edificio, en plena moda Courrèges—adornos geométricos, moda mini—,

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

y ella con un vestido holgado, de flores grandes, no parecía haber estudiado en la capital. Su cabello, ralo y suave, con permanente, recordaba una inflorescencia de cardos. Su única coquetería era cambiar cada semana, en la manicura, el esmalte de las uñas, curvadas como los picos de los pájaros. Pero demostró enseguida tener sentido del humor, era espabilada y entregada.

«Su excesiva entrega resulta sospechosa—bromea Petru, admirador incondicional de La Rochefoucauld, pero no de Dorina, a la que responde con aspereza siempre que escucha su voz enérgica al teléfono—. ¡Te ruego que no traigas a nuestra casa a esa metomentodo!».

Sin embargo, ¿no es acaso la violencia de Petru en estos últimos tiempos lo que ha empujado a Letiția hacia un hombre que parece un adolescente tardío, como ella? El hermano que deseaba desde que su madre y el tío Ion le advirtieron que en este mundo no puedes fiarte de nadie, ¿entiendes, Letiția? ¡Tu mejor amigo te delata a la Securitate!

Así que de nadie, de nadie... Ni siquiera de Petru, que le reprocha que, cuando se casó con ella, cargó con el dossier lleno de borrones de su familia, los años de cárcel de su padre y de sus desconocidos hermanos, que amenazaba con fulminar su nombramiento de catedrático.

Letiția ha recordado los reproches de su marido durante todo el otoño, en los dos autobuses y el tranvía que la llevan desde el Edificio hasta el estudio de Florinel, y de aquí hasta su casa. Las hojas que los barrenderos sacaban perezosamente, con escobones de brezo, de debajo de los arbustos, parecían montones de papeles sucios o trapos apestosos. Sin embargo, en el aire humeante brillaban espléndidos los colores festivos del otoño—el rojo del fruto maduro, con miles de matices, de la hiedra, y el amarillo, dispuesto a desperdigarse por el aire, de las acacias—. A Letiția, no obstante, la atormentaba algo, una especie de

pinchazo de cistitis... ¿Sería eso el remordimiento? Y entonces ella se servía de prisa, como un analgésico, la explicación preparada para el momento en que anunciará a sus padres que ha decidido divorciarse. Pero esta idea aceleraba el latido de la sangre en las sienes y su cuerpo se llenaba al instante con el latido de metrónomo del corazón, acentuado por un temor antiguo.

Tal vez el temor proceda de un recuerdo lejano, como una fotografía sobreexpuesta. Letitia está en el umbral de una habitación grande, llena de gente. Lleva a la espalda una pesada cartera, pero nadie viene a echarle una mano, nadie le dirige la mirada a excepción del gigantesco perro-lobo, que la vigila fijamente con sus ojos de un amarillo marrón. Ella escucha desde la entrada las voces gruesas, gritonas, de los hombres con sombrero y trajes negros de piel que arrojan por todas partes objetos y libros.

«¡Vamos, deja ya de berrear!», le increpa uno de ellos a su madre, que, despeinada y sofocada, con la blusa mal abrochada y una mañanita sobre los hombros, llora.

Las puertas de los armarios están abiertas de par en par, los cajones, por los suelos, revueltos, y Letitia tiene tanto miedo que camina a trompicones, con la cartera a la espalda, y se mete debajo de la mesa. Oye cómo el corazón golpea sus rodillas, ve los libros abiertos, con las hojas arrugadas y arrancadas, tirados, unos sobre otros, en medio de la habitación, junto a los vestidos de gasa, de cachemir, plisados, acampanados, todos huelen a su madre y los pisean las botas de los hombres que gritan, y su madre llora.

Hace rato que no se oyen ya las voces de los hombres, pero sigue acurrucada, no se mueve siquiera cuando su madre le tiende bajo la mesa, para sacarla de allí, una mano que tiembla de manera extraña:

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

«No pasa nada, no pasa nada—susurra su madre con voz ronca—, ¡tranquilízate, Letiția, no ha pasado nada! ¡Nos iremos de aquí, nos mudaremos a casa del tío Ion, él te hará de padre! ¡Él cuidará de ti, no te preocupes!».

¡Que no se preocupara, sí! Desde el cementerio de provincias al que lo condujeron ella y su madre, desesperadas, hacía ahora diez años, el tío Ion no puede oponerse a que Letiția se divorcie. Por lo demás, ni siquiera tuvo tiempo de oponerse a su boda, que probablemente no se habría celebrado si él no hubiera muerto de manera tan inesperada y su sobrina, convertida en hija adoptiva, no hubiera tenido miedo al futuro. La opinión de su padre no cuenta y su madre, de todas formas, no traga a Petru.

Sólo que ¿adónde irá Letiția cuando descuelgue el abrigo y cierre para siempre la puerta del apartamento de Uranus, 10? Consumiría el sueldo con el pago del alquiler. ¿Con qué iba a comer, con qué iba a vestirse? ¿Y cómo va a encontrarse con Petru en los tribunales si se siente tan culpable como él? La idea de que pueda acusarla de adulterio y arrastrar al escándalo también a Sorin la hace estremecerse por la noche, cuando sólo es capaz de permanecer ante la ventana, fumando un cigarrillo tras otro. Cuando no están juntos, piensa en Petru con una curiosa compasión, incluso si la ha tratado mal la víspera. Pero cuando oye sus pasos en el vestíbulo, teme que aparezca con un semblante tierno para pedirle ese amor que ella no es capaz de darle ya.

Menos mal que Petru sigue mostrándose igual de malhumorado que a su regreso de China.

Es distinto, sin embargo, cuando él llega por la noche, muy tarde, y tropieza con las sillas, a oscuras, porque no

enciende la luz: una reliquia de su benevolencia de otra época para con Letiția, que se marcha a trabajar cuatro o cinco horas antes que él. Ella finge dormir, mientras la cama cruje bajo su peso y la mano tantea entre las sábanas. «¿En qué día estás?», nunca se olvida de susurrarlo mientras le toquetea las nalgas. Y espera la respuesta antes de abalanzarse sobre ella. La invade un olor agrio a vino y soporta crispada, con los dientes apretados, la mano que la acaricia y que abre, con una morosidad extraña en un hombre borracho, los pliegues de su carne; el sexo de Petru es aterciopelado y exactamente tan grande como espera y, poco a poco, su cuerpo traidor se relaja en el movimiento familiar y disfruta con el cuerpo, grande y huesudo, que la cubre. Letiția emite unos ruiditos, como si le doliera algo, «aaah, aaah», eso que nunca oirá Sorin, no por la vergüenza ante los vecinos desconocidos, tampoco por el respeto a la cama ajena del amigo Florinel, entonces, ¿por qué?

No se pregunta por qué, pero, en cuanto Petru se levanta, se le representa, bruscamente, ante los ojos cerrados, la otra habitación, la otra cama, y siente en la nariz el olor de la piel fina de Sorin. Se da la vuelta, se acurruca con las piernas juntas, con los párpados caídos sobre los ojos apretados, un feto en el vientre de su madre. No puede ver los dedos de Petru, que se estiran para acariciar su cabello enredado sobre la almohada, tampoco la mano que deja suspendida en el aire. Recuerda tan sólo los ojos translúcidos y los susurros de Sorin. ¡Qué duro es que te espere alguien! ¿De dónde nace esa tristeza, ese asco por su propio cuerpo sucio, una cáscara vergonzosa?

Su respiración acelerada delata que no se ha quedado dormida; entretanto Petru, que ha vuelto del baño, limpia, a la luz de la farola de la calle, con una toalla húmeda, la sábana: ha eyaculado fuera. Y sólo cuando escucha su res-

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

piración monocorde, abre ella los ojos y permanece largo rato con la mirada clavada en la oscuridad.

Fue criada por un hombre resignado, así era él cuando Letiția conoció a su tío Ion, el hermano de su madre, y se esfuerza, desde hace años, por no repetir su fracaso. Por eso se ha empeñado tanto en publicar algo más que sus artículos en la revista de estudios e investigación en la que trabaja Petru como secretario general de redacción. Se imaginaba, cada vez más disgustada, las miradas irónicas que se lanzaban los colegas de Petru mientras él colaba, apurado, en el sumario del número siguiente, el artículo de su esposa.

Pero, para su propia vida, Letiția no sabe lo que quiere y, algo que le resultará extraño en algún momento, ni siquiera pretende saberlo. Su juventud se extiende infinita ante ella bajo el signo de la improvisación. Vive de una cita a otra y espera únicamente que Petru consiga el visado para Montpellier, o al menos para Zagreb; podrían disfrutar así de un fin de semana si Florinel se fuera al pueblo. Ella y Sorin—¡qué sueño increíble!—dormirían juntos. Y tal vez hablarían incluso sobre el divorcio con detenimiento.

Hasta entonces tiene tiempo de escribir en el cuaderno que guarda escondido debajo del colchón:

Él llega siempre cargado de dulzura, de cariño, a veces trae un ramo de campanillas, otras veces saca del maletín un pequeño obsequio: un jabón de tocador Lux, por el que se disculpa, avergonzado, un paquete de Kent, un libro recién publicado. Y la botella, cuya etiqueta varía, era al principio Campari, Martini o Cinzano; desde que no las encuentra en el Unic ni en el Triunf, viene con un vino albanés o un Bitter rumano. Pero él trae, sobre todo, la promesa de una ternura infinita y de una paciencia sin límites.

Lo único es que tiene prisa. Lo único es que lo están esperando. ¿Lo esperan? Has exagerado, porque ¿quién lo aventaja en modestia? Si quieres, puede decirte adónde va, pero ¡qué recorrido tan complicado! Te relata con todo lujo de detalles su primera reunión, te cita las siguientes, ¿qué más quieres saber? ¡Pues aquí tienes también las de mañana! Desde la cama, desnuda, participas en esa vida agitada a la que ha sido arrojado sin querer.

Él se desviste deprisa, no le afectan los detalles sórdidos de la habitación prestada. ¿O es que procuras tú que no le afecten? El amor de las 9:30 a las 13:30 es tu apuesta, lo absoluto se puede disfrazar también así, Dios puede descender incluso a las habitaciones de alquiler, con ceniceros llenos de colillas y vasos de Bitter rumano.

Ahí fuera nieva sin cesar sobre una ciudad que, sin nieve, te resultaría muy sucia. Él, con sus ojos claros, te ha confirmado la fidelidad que percibes en la emoción con que te espera y que pones en duda al ver la premura con que se marcha.

Letiția no le comentado aún a Sorin lo del cuaderno escondido, tienen poco tiempo para hablar cuando están juntos, y por teléfono no se puede decir gran cosa. Al principio, él la llamaba cuando Petru estaba en algún tribunal de bachillerato o en un encuentro de inspectores en provincias. Lo hace mucho menos, sin embargo, desde que escuchó una vez en el auricular la voz segura de sí misma del profesor Arcan, que le recordaba que le estaba vedado ese número, al igual que el cuerpo de Letiția. Sorin colgó de inmediato, estremecido por un calambrazo de placer un poco perverso, mezclado con la humillación, como si lo hubieran sorprendido en una situación promiscua.

«¡A mí puedes llamarme cuando quieras! Si estoy, bien, si no, no», le dijo a Letiția.

Cuando lo encuentra en casa, habla deprisa, en voz baja,

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

y Letiția, sin haber estado nunca allí, ve el pasillo estrecho de un apartamento en un bloque, la alfombra que cubre los recuadros del linóleo, por la que caminan de aquí para allá las zapatillas de la señora Olaru. Se abre paso hasta la habitación de su hijo, intentando, cada vez más dura de oído, deducir quién es esa joven misteriosa con la que Sorin no tiene prisa por casarse... ¿Por qué?

Letiția está convencida de que Sorin percibe, entiende, todo lo que se le pasa a ella por la cabeza; por eso borra, con dos rayas firmes, la palabra *divorcio* de la página de su mente. Más concretamente, la relega, «porque no se lleva»: una expresión que él emplea frecuentemente y que ella utiliza cada vez más a menudo, tal y como las parejas se prestan los jerséis, los albornoces, las frases favoritas. Y sigue cabeceando en el tranvía que la traslada a lo largo y ancho de Bucarest, en un asiento pillado con arrojo. Aunque está rodeada de protestas, discusiones, olor a sudor o a desodorantes baratos, no ve ni oye nada. Se esfuerza tan sólo por conservar ante los ojos de la mente el sexo rubio de Sorin, que crece, ardiente, bajo la presión de su vientre, y su mirada, atentamente enamorada, imagen fija. Imagen fija.

«¡Si nos hubiéramos comprado un apartamento en un bloque, como decía tu madre, ahora estaríamos endeudados hasta el cuello! ¡Y encima me habría eternizado viajando en autobús! ¿Ves como la gratificación por este apartamento con gas natural empieza a merecer la pena? ¡Enciendes una cerilla y lo calientas como quieras!», dice Petru.

Barrio semicéntrico, calle Uranus, acera en cuesta, frente al muro blanco, alto, de la iglesia Mihai Vodă, con su torre elevada sobre un cerrillo invisible. En la puerta vigilada por un hombre uniformado, junto a la garita, una plaquita metálica anuncia que ahí se encuentran los Archivos

del Estado; el tranvía traquetea al girar en Podul Izvor. Un edificio sólido, con planta baja, primer piso, entreplanta y buhardilla, de donde fueron expulsados hace veinte años, en otra era glaciara, los propietarios explotadores, que se han trasladado, entretanto, a una fosa común, al cementerio Bellu¹ o al extranjero. Contrato de alquiler a nombre de Petre Arcan por un apartamento de dos habitaciones, cocina, baño y vestíbulo. El intermediario, un antiguo alumno de Petru en la universidad a distancia, empleado ahora en el ICRAI,² se conformó con una gratificación simbólica.

¡Gratificación! La palabra le resulta familiar a Letiția de cuando el propietario joven les gritaba cada vez que se emborrachaba: «¡Fuera de mi casa, legionarios!».³ Si querías mandar a alguien a la cárcel, lo acusabas de legionario. *Gratificación*, en cambio, era la palabra mágica que su madre y su tío Ion susurraban después de apagar la luz. Entonces empezaba una historia sobre cómo, con la ayuda de una «gratificación», seguramente un hada buena, podrían conseguir ellos otra casa, más grande, y huir de las peloteras con el propietario. Y en otoño, en primavera, llegarían los estadounidenses y se arreglaría todo.

Letiția conservó la palabra *gratificación* en algún rincón de su cabeza hasta que Petru le dio la definición exacta: «*Gratificación*: suma de dinero pagada a los funcionarios del ICRAI a cambio de un contrato de alquiler en una casa nacionalizada, destinada, en principio, sólo a los miembros del aparato del Partido, del Estado y de la Securitate».

¹ Cementerio histórico de Bucarest. (*Todas las notas son de la traductora*).

² La Empresa de Construcción, Renovación y Administración de Locales era una compañía estatal que se ocupaba de la administración, construcción y mantenimiento del fondo de viviendas nacionales.

³ Se refiere a los miembros del movimiento fascista Guardia de Hierro.

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

Pero Letiția lo escuchó desencantada: no le gustan los diccionarios ni la manera en que Petru se empeña en destruir toda aura mágica.

«¡Tal vez tú no consideres a Dorina amiga tuya, pero ella aspira a serlo! ¡Es espabilada, es trabajadora, aunque, como con Florinel, sientes que le falta algo! Su educación, el entorno en el que se han formado...», responde apaciguador Sorin, sintiendo el silencio tenso de Letiția.

Ella sonríe, reconciliada al instante con los zapatos de Florinel, profesor de Socialismo Científico, alineados en la puerta de la buhardilla, sobre la jarapa campesina tejida con jirones de tela, y con la tenacidad de Dorina por ganarse su amistad. Pero ¿por qué no lo consiguen? No es porque se afilió al Partido cuando era estudiante, al fin y al cabo Sorin hizo lo mismo, aunque, en su caso, resulta un poco extraño. ¿Cómo se las apañó con el dossier político de su familia? Tampoco porque haya hecho rápidamente amigos en la Institución, invitando a sus colegas a casa, o porque haya redactado los telegramas de felicitación por el cumpleaños del Camarada.

¿Tal vez porque el «origen social intachable» de Dorina le ofrece más oportunidades en la vida que a Letiția? ¡Eso querría decir que, en efecto, el odio de clase guía las amistades y los amores, tal y como sostienen las despreciadas tesis marxistas!

De todas formas, a Letiția le gusta el tono cómplice que ha utilizado Sorin al levantar una especie de Muro de Berlín en torno a su territorio común—clase burguesa perseguida—, donde no podrán entrar nunca los privilegiados con «dossieres buenos», Dorina y Florinel.

Y tampoco Petru, cuyo nombre aparece escrito en todos los documentos en su variante plebeya, es decir, *Petre Arcan*. La esnob de Manuela, la predecesora de Letiția, lo convenció para que firmara sus artículos como *Petru Ar-*

can, pero en el documento que consigna su divorcio tiene que aparecer su nombre verdadero. Letiția no consiguió dar con él cuando la atormentaban la inseguridad y los celos retrospectivos. Ahora, cuando podría hurgar en los ordenados cajones de su marido, no le interesa siquiera el presente sentimental de Petru y, menos aún, su primer matrimonio, fracasado. No le pregunta por sus padres, que lo mandaban a un internado durante las vacaciones; una vez lo ingresaron sano en un sanatorio para librarse de él. Ni tampoco por el hijo que tuvo con Manuela, muerto al nacer, le ha preguntado; a ella no le gusta forzar las confesiones.

«A la luz del *Código ético*, la sociedad te pregunta: ¿cómo vives?», bromea Sorin, agitando el diario. Letiția lo aparta y se agacha para coger de debajo de la cama los zapatos de plataforma y hebilla plateada que Petru le trajo una vez de Múnich.

«¡Vaya tacaño está hecho tu Petru, Letiția! ¿Vuelve del extranjero sólo con un par de medias y unos zapatos horribles para su mujer?», había dicho su madre torciendo el gesto cuando se los vio.

«¡Horribles o no, son el último grito en Bucarest! ¡Y además son muy sólidos!».

¡Sólidos tal vez! Su madre frunce los labios cuando los ve, pero el tacaño de Petru no le ha vuelto a traer a su hija otros zapatos horribles, porque no ha vuelto a ir a ningún sitio. ¡Habrá metido la pata en alguno de sus viajes!

A Margareta Branea no le sorprendería ninguna proeza de su yerno. No le gustó desde el primer momento en que se lo presentó Letiția, es diez años mayor que ella, habla sólo de sí mismo y come con glotonería: ni pizca de educación, como decía Victor. Y, hasta ahora, no han conocido

JUNTO AL LAGO DE LOS PESCADORES

a nadie de su familia. Por lo demás, tampoco quiso casarse como Dios manda.

«¡Vamos a evitar los malentendidos: yo soy ateo y no acepto una boda religiosa!».

Con esto les calló la boca desde su primer encuentro, cuando, en lugar de pedir la mano de la señorita Letiția Branea, como habría hecho cualquier joven bien educado, les anunció secamente la fecha de la ceremonia civil. «¡Si hubiera dicho que trabaja en la propaganda, o eso le entendí a Letiția, ¿no, Victor?, habríamos llegado a un acuerdo, que ya sabemos en qué mundo vivimos! Pero que nos hable como si estuviéramos en una reunión del Partido: “Yo soy ateo y no acepto una boda religiosa”, ¡pues que le aproveche!».

Margareta quiso entonces añadir algo, pero Victor le hizo un gesto para que no se metiera, que les dejara hacer lo que quisieran con tal de no estropear la ilusión de su hija, le susurró él, que había salido de la cárcel creyendo en Dios.

«¡Permíteme recordarte, estimada señora, que tú pagas *Scânteia*, ese periódico que no te molestas en hojear! ¡Sí, sí, no pongas esa cara! ¡Desde que entraste en el Partido recibes cada día un periódico para saber qué hace el Camarada! ¡No me digas ahora que cuando has retirado el sobre del sueldo, cada dos semanas, no has notado que falta dinero! ¡Vamos, eres el colmo!».

A Letiția le gusta la imagen que Sorin tiene de ella: su tono irónico es tan sólo un intento de atrincherarse ante su atractiva indiferencia. ¿Acaso no le repite sin cesar que su encanto reside en que ella parece flotar por encima de todo?

«¿En serio que no has observado que, junto con la cotización al Partido, te retienen también la suscripción a *Scânteia*? ¿No? ¡Qué escándalo! Me parece escandaloso inclu-

so para una persona hecha de una pasta distinta a la del resto de los mortales...».

Él se ha girado de repente, ha atrapado sus labios con su boca ávida, la besa mordiénola, como si quisiera verificar la calidad de la pasta pretenciosa con que está hecha. O como si quisiera tatuarla.

Y ella espera a que se dé la vuelta y, rápidamente, se masajea el mordisco húmedo. Le molesta que haya retomado el tono irónico, el del trabajo, que resuena también en su despacho al final de la jornada. Generalmente ahí termina Sorin su ronda cotidiana. «Hay que conservar las relaciones», suele repetir.

«Porque eres tan sólo lo que ve el otro», se repite Letiția, por las mañanas, cuando camina, perdida, entre las filas interminables que irrumpen presurosas en el Edificio. Se engañaba cuando esperaba encontrar un mundo diferente; aquí se mueve bajo una mirada inmensa, mucho más despiadada que cuando estaba en la residencia de estudiantes. Se sabe quién es tu familia, cuánto ganas y qué enchufes tienes, con quién andas, qué desodorante utilizas, los conflictos con tu mujer y tu suegra, cuántas fundas tienes en la boca y qué dentista de la policlínica te las ha puesto, tus abortos, las enfermedades venéreas que has pescado con las putas, las travesuras de tus hijos.

Incluso ella y Sorin hablan a veces sobre las otras parejas clandestinas de la Institución, empezando por la «princesca», la de la directora en funciones, Eleonora Oprea, y su adjunto, Titus Marga. Queda lejos la época en que Eleonora y Titus se miraban con ternura durante las reuniones. Ahora aspiran ambos al mismo puesto, el de director, y la guerra se ha trasladado a sus protectores en las Instancias que tutelan la cultura.